

ÍNDICE

ÍNDICE	1
<i>Capítulo 1</i>	2
<i>Capítulo 2</i>	11
<i>Capítulo 3</i>	15
<i>Capítulo 4</i>	22
<i>Capítulo 5</i>	27
<i>Capítulo 6</i>	30

Capítulo 1

Amarah es una niña de cabello negro como el ónice, ojos grandes y marrones como la tierra mojada, de tez tostada y muy delgada. Todos los días Amarah reza antes de salir de casa. Pide protección para su madre, que queda cuidando de los animales enfermos, haciendo la comida y limpiando la casa, también pide protección para su abuela, que normalmente ayuda en las labores o teje la lana, para su padre, que tiene que conducir al ganado por sendas empinadas bordeando desfiladeros, y para los animales, que son el alimento y el calor de sus vidas.

-Papá, ¿puedo ir contigo? –Preguntó Amarah mientras apuraba el desayuno. El padre estaba cogiendo el cayado, giró la cabeza y sonrió a su pequeña.

-Por supuesto que puedes venir – La madre de Amarah estaba en la misma habitación limpiando los restos del desayuno y guardando algunos. No le gustaba nada que Amarah se aventurara por los difíciles caminos por los que andaba su marido. – Shatha, sus amigos también van a estar allí, compréndelo – La madre no quiso decir nada, zarandeó la mano como si quisiera apartar una mosca. El padre sonrió de nuevo. – Apúrate hija, hay que llegar pronto al pasto.

Salieron por la puerta, Amarah se había colocado el pañuelo demasiado rápido, así que su padre le ayudó. Ella vestía un chador, una prenda larga que le llegaba hasta los pies y el pañuelo cubriéndole solo el pelo, dejando su delgada cara al descubierto, así como sus manos. En Yemen, país donde residían, había dos clases de hiyab, el chador y el niqab, éste último solo deja al descubierto los ojos. A Amarah no le correspondía ponerse este tipo de vestimenta, ya que todavía era una niña, pero le gustaba vestirse como su madre.

Las ovejas y las cabras balaban sin cesar mientras bajaban por el empinado camino. Su padre iba emitiendo diferentes sonidos para ir guiándolas, los cuales a Amarah le hacían mucha gracia y tendía a imitarlos.

—Papá, me gustaría acompañarte todos los días, porque quiero ser pastora —le dijo muy seria después de estar un tiempo callada imitando cada gesto de su padre. Él la miró con amor, acarició su cabeza y la acercó hacia él agarrándola por un hombro.

—Mira cariño, allí están tus amigos —dijo mientras señalaba al grupo de chavales que estaban jugando a golpearse con los cayados. Nada más terminar la frase se metió en la boca unas yerbas. La mayoría de los pastores también tenían una bola en la boca.

—No papá, yo tengo que quedarme a cuidar a las ovejas, tengo que aprender para poder ser pastora —el padre se echó a reír.

—Pero si ya sabes casi tanto como yo —se puso de cuclillas. Ella seguía seria. —Está bien, hagamos un trato. Vete a jugar con tus amigos, pero si necesito ayuda tienes que venir lo más rápido que puedas, ¿estamos de acuerdo? —Tras unos segundos ella afirmó con la cabeza acompañando el gesto con un sonido mudo. —Pues venga, vete a jugar, yo estoy por aquí.

Amarah empezó a correr hacia ellos. Allí estaba Hakîm, el mayor del grupo alzando el palo contra Salâh mientras los otros tres animaban la contienda. Hakîm siempre quería salir vencedor de todos los juegos, tenía muy mal perder, pero Salâh estaba siendo muy hábil, se lo estaba poniendo difícil. Bashira estaba muy emocionada con el combate. Amarah sabía que a su amiga le gustaba Salâh, pero era demasiado vergonzosa para decírselo. Bashira, a diferencia de Amarah, no iba cubierta de ninguna manera, su pelo marrón ondeaba al viento y sus ojos color miel, estaban clavados en

Salâh. Zuhayr fue el primero que se dio cuenta de la presencia de Amarah, levantó la mano y la saludó desde lejos. Era el más pequeño de todos, tenía ocho años, dos menos que Amarah. Su hermano Hakîm le había puesto el mote de “Piojo” por ser bajito. Los demás también le llamaban así, aunque Amarah siempre le llamaba por su nombre y él se lo agradecía con la mirada.

—¡Amarah corre, Salâh está a punto de vencer a Hakîm! —gritó poniéndose las manos en la boca para ampliar la sonoridad de su voz.

Al oír el nombre, Salâh se despistó, miró hacia su izquierda para encontrar la silueta de Amarah, pero antes de encontrarla, Hakîm le propino un golpe en el brazo haciendo que su mano dejara caer el “arma”.

—¡Eres un tonto! —le gritó quejándose del dolor.

—¡He vuelto a ganar! —levantó los dos brazos.

Bashira se había tapado la boca en el momento del impacto, pero recobró rápido la compostura y salió corriendo hacia su amigo para saber si se encontraba bien. Tenía la cara arrugada del dolor.

-Te has pasado —dijo Walîd. Aunque solo tenía once años, parecía mucho más adulto que su líder, siempre vestía con un turbante de color morado.

—Buenos días —saludó Amarah a sus amigos.

—Buenos días —respondió Zuhayr. Amarah se fijó en su amiga que estaba junto a Salâh. Se acercó hacia ellos.

—¿Estás bien? —Salâh, en cuanto la vio, se puso firme y afirmó con la cabeza. Bashira se quedó un poco sorprendida de la brusquedad del gesto. Hacía tan solo un momento estaba agachado junto a ella.

—Estoy bien, gracias por preguntar Amarah —sus mejillas se empezaron a sonrojar y decidió dar media vuelta para ir a felicitar la victoria a Hakîm. Mientras tanto Bashira se fue incorporando con cara enfada. Sus ojos estaban contraídos y se tocaba con la mano el pelo castaño que le llegaba hasta los hombros.

—Buenos días Amarah —dijo mientras se apartaba el flequillo. Bashira era su única amiga y le apenaba verla en ese estado. Amarah se armó de valor y se dirigió hacia el líder para echarle un buen rapapolvo.

—Hakîm, te has pasado, eres un bruto —Salâh, que en ese momento se encontraba dándole la mano a Hakîm, miró con sus ojos color esmeralda a la niña escuálida. Rápidamente retiró la mano y bajó la cabeza avergonzado. Hakîm se estaba dando cuenta de que algo no cuadraba, sin embargo, no dijo nada.

La escena fue interrumpida por una voz grave que provenía de un hombre con barba negra y turbante amarillo que se dirigía hacia los pastores que estaban reunidos. Los niños miraron la escena desde lejos en completo silencio. El hombre hablaba de guerra, de combates, de patria perdida y sobre todo de Alá. Los niños no eran tontos, sabían que estaba pasando en su país, la guerra se había encrudecido los últimos meses y había mucha gente que no tenía ni para alimentarse. La madre de Amarah, Shatha, siempre le recordaba los afortunados que eran por la leche que las cabras le daban, la lana de las ovejas y la carne que de vez en cuando podían disfrutar de los animales que se iban haciendo viejos.

La vida en Yemen no era fácil para nadie. Hakîm y Zuhayr ya habían perdido un hermano por estar en el lugar equivocado en el momento equivocado. Walîd empezó a llevar turbante morado en honor a su tío fallecido por cólera. Bashira acompañaba a casa a Amarah después de cada jornada para coger algo de leche para sus dos hermanas y su madre. Su ganado era bastante viejo y cada mes disminuía en número. Salâh era hijo único, su madre había muerto en el parto, desde entonces vivía con su padre y sus dos abuelos, y Amarah cada día echaba más de menos a su hermana mayor.

Recordaba como un día llamó un hombre a la puerta. Era un señor de la edad de su padre. Los dos hombres salieron a hablar, mientras que las dos niñas quedaron con la abuela y la madre. Tras unos minutos el padre entró sólo, dejando a aquel hombre fuera. Cogió por el brazo a su hija mayor y la llevó lejos de su progenitora. La madre comenzó a llorar, la abuela sin embargo estaba seria e impasible. La última imagen que Amarah recuerda de su hermana es la de una cara mojada en lágrimas lanzándose a abrazarla. Tras la visita, los platos de comida estaban más llenos y la familia ya no solo contaba con ovejas.

El hombre gritón seguía vociferando mientras los adultos realizaban aspavientos con los brazos. Después de un rato algunos se pusieron a favor del extraño y los otros comenzaron a incorporarse de la piedra en la que estaban apoyados.

—¿Quién es ese señor? —preguntó el más pequeño de los seis.

—Cómo voy a saberlo Piojo, pero no me gusta nada —respondió su hermano.

—Están enfadados —dijo el niño de ojos verdes. Bashira estaba asustada y se agarró al brazo de la otra niña. Salâh no pudo resistir fijarse en la serenidad de Amarah.

—Sigamos jugando, nuestros padres saben lo que hacen —relajó el ambiente Walîd.

—Tienes razón —secundó el líder —, nosotros no tenemos el poder decidir aún —la niña del hiyab no estaba de acuerdo, pero entendía lo que quería decir.

Pasó la mañana entre juegos de carreras, saltos, combates simulados y risas. Cuando llegó la hora de comer, todos se reunieron alrededor de la manta que habían colocado para que la comida no tocara el suelo. Hojas hervidas, un bocado de arroz cocido y medio huevo cocido para cada uno. El padre de Amarah había traído un poco de queso de cabra y comenzó a repartirlo entre los seis niños, Bashira se guardó el trozo en el bolsillo, Amarah la imitó. Los adultos comenzaron de nuevo la discusión. Unos hablaban de oportunistas y otros de legitimidad, pero sobre todo se repetían dos nombres, Abdul Malik, líder de la insurgencia hutí y el del presidente huido al-Hadi. Amarah, como el resto de sus amigos, habían escuchado esos nombres alguna vez, pero no conocían sus rostros, lo que sí sabían era que cada vez que alguien los nombraba la gente comenzaban a discutir acaloradamente.

Cuando el Sol comenzó a ocultarse los niños empezaron a despedirse. Las dos niñas siguieron juntas mientras que el padre de Bashira le esperaba abajo. Las dos iban muy calladas, mucho más de lo normal, hasta que la de ojos color miel rompió el hielo.

—¿A ti te gusta Salâh? —susurró a su amiga. Amarah quedó patidifusa.

—No, a mí no me gusta ningún chico —sentenció. La otra niña dudó continuar con la conversación, pero había algo que le apretaba el corazón.

—A Salâh le gustas —Pronunció cabizbaja.

—No digas bobadas —rio la niña del hiyab—, a él solo le gustas tú, lo que pasa es que es un chico y no sabe nada del amor —miró para su padre al ver que había levantado demasiado la voz. Parecía no haberle oído y continuó, esta vez, susurrando—. Mi mamá me ha dicho que los hombres saben tratar mejor a las ovejas que a las mujeres —las dos comenzaron a reírse. El padre las miró con una sonrisa en los labios.

—¿Qué os hace tanta gracia? —las dos se miraron y volvieron a reír. No le dio más importancia y continuó mirando al frente ensimismado.

Al llegar a la casa la madre los recibió con un abrazo a cada uno. El padre de Amarah fue a encerrar al ganado mientras que las dos niñas entraban en la vivienda de una única habitación. En el suelo había restos de ceniza, una pared estaba decorada con un tapiz de flores blancas estampadas sobre fondo rojo que había pertenecido a los bisabuelos de Amarah. Los cacharros de cocina se acumulaban en una esquina de la habitación, al lado del cántaro de leche. Bashira le dio la botella de plástico de un litro a Shatha para que se la rellenara.

—¿Cómo está tu familia Bashira? —Le preguntó mientras el líquido blanco caía dentro del recipiente.

—Están bien, gracias. —Dijo muy comedida.

—Y tu mamá, qué tal está, me habías comentado que estaba mal del estómago —Indagó un poco más.

—Sigue mal —dijo con tristeza—, a veces lo que come lo vuelve a vomitar — La cara de Shatha se arrugó por completo y decidió meterse donde quizás no debiera.

—Hay un hospital nuevo en Mocha, podrías ir allí por si acaso es... —la frase fue interrumpida con la entrada del padre en la habitación— aquí tienes la leche, mándale un saludo a tu madre y a tus hermanas dales un beso de mi parte.

—Gracias Shatha —se despidió de su amiga y marchó camino abajo.

El matrimonio se miró, el padre había oído las palabras, pero decidió obviarlas. Dio un beso a su mujer y salió de nuevo a por algo de leña. Amarah mientras tanto, comenzó a quitarse el chador para volver a ponerse el vestido a cuadros verdes y negros que tenía para estar en casa. Su abuela la abrazó y le comentó lo grande que se estaba haciendo ya. A Amarah le gustó el comentario.

—Sigue siendo una niña —contestó Shatha a su suegra.

—Con pocos años más me casé yo —dijo la abuela en tono seco. Luego se volvió a dirigir a su nieta—. Dime Amarah, ¿hay algún chico que te guste?

—¡Khadija! —Gritó. La niña se había asustado, pero rápidamente recobró la compostura.

—No, yo no me voy a casar nunca, seré pastora como mi padre —respondió la pequeña de pelo negro como el carbón y los ojos tan grandes y brillantes como dos estrellas. La madre se mordió el labio y sonrió. Ambas mujeres se miraron, tras un breve silencio, la abuela decidió retirarse.

—Voy a ver si las ovejas están bien

—Acuérdate de mirar también a las cabras —respondió Shatha dándole la espalda mientras limpiaba el recipiente que contenía la leche. Por un momento se quedó

quieta, como si el tiempo se hubiera paralizado, tras unos segundos, su cuerpo siguió el camino hacia el ganado.

Capítulo 2

Amarah había soñado con su hermana. Se desperezó estirando los brazos hacia el techo dando comienzo a un nuevo día, aunque aún fuera de noche. Hoy la madre de Amarah la necesitaba para ayudarla a llevar las bolsas de arroz que los extranjeros daban. Había que recorrer muchos kilómetros hasta llegar al puesto y luego hacer cola, por eso se habían levantado tan temprano. Aunque el padre no iba a acompañarlas, se había despertado con ellas para poder desayunar todos juntos y despedirlas. Amarah no iba a volver hasta la noche, tampoco hoy iba a poder ver a sus amigos. La niña sabía que sólo era un día y que mañana, posiblemente, podría volver a verlos.

La abuela, la madre y Amarah emprendieron el camino hacia el puesto de ayuda humanitaria por el mismo camino por donde se bajaba al pasto, con una pequeña diferencia, antes de llegar a donde las ovejas y las cabras se alimentaban, se desviaron a la derecha por otro sendero estrecho y oculto que les llevaría a unas tiendas de campaña hechas con sacos, a tres horas de camino. Cuando llegaron, el sol ya brillaba en el cielo. La cola se extendía hasta las tiendas blancas y el edificio que hacía de almacén. Tras varias horas de pie, dos camiones se acercaron levantando una nube de polvo a su paso. Amarah se cubrió la cara para que no se le metiera en los ojos. El viento hizo que la nube se dispersara dejando a la vista las lonas verdes de los dos camiones. De ellos salieron cinco soldados armados y dando voces. Amarah se escabulló de su madre y su abuela para ir a mirar que estaba pasando. Corrió hacia la izquierda para ver mejor el principio de la cola. Los señores que repartían la comida habían levantado las manos, pero uno de los soldados se las había bajado inmediatamente. Amarah corrió hacia delante para poder escuchar mejor.

—¿Amarah? —se oyó decir a su madre —¡Amarah!

La niña sintió un remordimiento que hacía que le doliera el estómago, pero quería saber que estaba ocurriendo más adelante. Decidió entonces, que lo mejor sería volver y decirle a su madre qué iba hacer. Corrió de nuevo hacia la fila.

—Mamá —dijo a un metro de su madre.

—¡Amarah, ven aquí y no te muevas! —ordenó asustada la madre.

—Quiero ir a ver qué pasa y luego te lo cuento —declaró la pequeña.

—¡Amarah, te he dicho que te quedes aquí y no te muevas, obedece! —Insistió la madre.

—Pero, yo quiero ir a ver y luego te lo cuento, te lo prometo —repitió.

—Amarah, haz caso a tu madre, voy yo a mirar, no te preocupes —interrumpió la abuela.

—Khadija, quedémonos en la fila, no llamemos la atención —pidió la madre a la abuela.

—Voy a ir a ver qué pasa, si veo algo raro nos volvemos a casa —se acercó al oído y continuó —piensa en tu hija, si se descontrola puede haber muertos —Shatha afirmó despacio con la cabeza, agarró a la niña y la acercó hacia si acariciándole la cabeza.

La abuela se salió de la fila y fue hacia los camiones. Madre e hija esperaron pacientes su regreso mientras la fila no daba signos de avanzar. La gente que estaba delante empezó a murmurar algo sobre los hutíes así que Amarah preguntó si los señores que acababan de llegar lo eran. La madre no supo contestarle, estaba muy

asustada y lo único que ocupaba su cabeza era la imagen de su suegra. Se mantenía en silencio y muy quieta. La niña se quejó por lo fuerte que le estaba agarrando.

—Lo siento cariño —se disculpó con un beso.

Tras la espera, la abuela regresó. Se acercó mucho a su nuera y susurró. —Se están llevando la comida, vámonos —los ojos de Shatha se abrieron como platos. Afirmó con la cabeza y las tres salieron de la fila hacia el sendero que las trajo hasta allí. Había un problema, en Yemen las mujeres no podían ir sin el acompañamiento de un hombre por la calle, por eso salían muy temprano de casa, cuando aún era de noche, y volvían cuando oscurecía. Normalmente, el tiempo de cola y el camino hacía que las horas coincidieran bien, pero ahora no tenían que hacer cola y el sol brillaba con fuerza en el cielo. La única manera de que pasaran desapercibidas era esperar en el campo de refugiados, junto a las tiendas de campaña, allí nadie les iba a decir nada.

El camino entre tiendas estaba lleno de basura. La mayoría de las tiendas estaban preparadas para protegerse del sol, pero no de la lluvia. Algunos niños caminaban desnudos mientras se llevaban el puño a la boca. A Amarah le pareció muy triste. Había pasado muchas veces cerca de aquel lugar, pero nunca se había metido. La mayoría eran mujeres y niños, todos muy delgados, más aún que la pequeña y delgada Amarah.

—Mamá, ¿por qué están así? —preguntó compungida. La madre la miró, pero su cabeza estaba ocupada repasando las palabras de la abuela.

—La guerra cariño, la guerra hace que muchas personas estén así —respondió. La niña sabía que había una guerra y que la guerra traía hambre, pero no entendía por qué ella podía vivir en una casa y la gente que le rodeaba no —¿Acaso no se pueden hacer otra casa? —se preguntaba. Ella les ayudaría sin pedir nada a cambio y seguro que Bashira, Hakîm y su hermano Zuhayr, Walîd y Salâh también les ayudarían.

Al momento se dio cuenta de una cosa. El otro día su padre les había dado queso y ella no lo había comido en el momento, sino que se lo había guardado para la cena, pero al final se le había olvidado en el bolsillo, rebuscó en el interior y allí estaba. Primero miró para su madre y su abuela, pero estaban atentas a lo que estuviera ocurriendo en la zona de las tiendas blancas, a pesar de que no se podía ver gran cosa desde aquí. Giró su cabeza hacia un niño semidesnudo, vestía pantalones cortos y unas zapatillas bastante desgastadas, parecía más pequeño que ella.

—Hola, me llamo Amarah, ¿cómo te llamas?

—Yo me llamo Abdul —dijo el niño mientras miraba al suelo. Estaba agarrado a un poste con una mano mientras mantenía el equilibrio apoyándose en una sola pierna.

—Hola Abdul. Como veo que sois muy pobres te vengo a dar un trozo de queso que me había dado mi padre, pero no me lo pude comer porque se me olvidó. Toma —le dijo acercándose—, te lo regalo. Abdul miró el trozo y lo cogió, le dio un mordisco.

—Gracias —dijo con la boca llena. Amarah le miró comer y le entró hambre, pero se contuvo.

—Si quieres cuando vuelva te puedo traer más queso, pero lo tenemos que compartir, ¿vale? —el niño asintió con la cabeza mientras terminaba de un segundo bocado el trozo de queso, a lo que la niña le respondió con el mismo gesto—. Ahora me tengo que ir con mi madre y mi abuela, adiós.

—Adiós —se despidió el niño con la mano mientras ella corría hacia su madre. Cuando llegó Shatha y la abuela no se habían dado cuenta de su ausencia.

Pasaron las horas y el sol comenzó a caer por el horizonte. Esa era la señal para que las tres se pusieran de nuevo en marcha hacia casa.

Capítulo 3

A la mañana siguiente, Amarah volvió a preguntar si podía ir a cuidar las ovejas y las cabras con su padre. La respuesta fue afirmativa por las dos partes, lo cual era bastante extraño. La noche anterior, la niña se puso a dormir nada más llegar, mientras los adultos se habían quedado hablando fuera de casa. Parecía que la conversación se había alargado porque todos lucían muy cansados. De cualquier forma, Amarah estaba muy contenta de poder volver a ver a sus amigos, así pues, se vistió lo más rápido que pudo y salió escopetada.

De camino al pasto, el padre estaba más serio que de costumbre. Amarah se había fijado que su madre también, tenía la misma cara que ayer cuando aparecieron los camiones.

—¿Estás bien padre? —le preguntó tras unos minutos de silencio. Él la miró, la cogió en brazos y se la puso a los hombros mientras ella reía.

—Estoy bien hija, no te preocupes —comenzó a andar a saltitos, lo que hacía que Amarah rebotara y le causara mucha gracia.

Cuando llegaron, la niña seguía subida encima de su padre, lo que le daba una visión increíble. —Ojalá fuera así de alta siempre —pensó. Al fondo, sus amigos ya estaban jugando a luchar con el cayado, pero no estaban todos, faltaba Bashira. El padre la bajó de los hombros y la dejó ir a jugar mientras él iba a saludar a los otros pastores.

—Hola, ¿Bashira no ha venido hoy? —preguntó nada más llegar. Los otros niños pararon de jugar en cuanto la vieron y se juntaron todos frente a ella.

—No, hoy no ha venido —Respondió el más pequeño.

—¿Ayer dónde estuviste? —preguntó Salâh venciendo su timidez. Nada más terminar la frase Hakîm, el más mayor de todos, empezó a reírse. Todos le miraron sin entender muy bien por qué se reía, salvo Walîd.

—Hakîm, te reto a un duelo —soltó de repente Walîd.

—Te arrepentirás, ja, ja —imitó una risa maligna y se alejaron del grupo. Zahayr les siguió para participar como árbitro del combate y llamarles la atención si se daban un golpe no reglamentado por ellos, como por ejemplo, en la parte sensible que hay entre las piernas. Si se diera el caso, el duelo acabaría con la descalificación del infractor.

Amarah y Salâh quedaron solos uno frente al otro con la pregunta en el aire. Amarah se había quedado mirando hacia los otros tres niños que ahora simulaban un enfrentamiento real por una especie de ofensa que iban improvisando. Al cabo de unos segundos, sus ojos se encontraron con los de Salâh que aun la miraba esperando respuesta.

—Estuve con mi madre y con mi abuela en las tiendas blancas —dijo dándose cuenta del tiempo que le había hecho esperar—. Vinieron unos hutîes —dijo dándose importancia al conocer la palabra y utilizarla como los adultos —y tuvimos que marcharnos a la zona de las tiendas hechas con sacos —apoyaba sus palabras con gestos que hacía con los brazos y las manos—. Allí esperamos a que se hiciera de noche y conocí a Abdul, un niño pequeño que tenía hambre y le di el trozo de queso que nos había dado antes de ayer mi padre —El niño asentía con la cabeza pero no entendía una cosa.

—¿No os acompañó ningún hombre? —Amarah se dio cuenta del error que acababa de cometer, pero confiaba en que Salâh no dijera nada.

—Bueno...no, pero eso es porque somos muy valientes y mi padre tenía que ir con las ovejas y las cabras —Intentó justificarse.

—Pero mi padre me ha dicho que una mujer no debe ir nunca sola por la calle porque os pueden hacer daño —Regañó el niño de ojos verdes. Amarah conocía las normas y los porqués, pero también sabía que su familia no era como las demás. El padre de Amarah jamás vio bien que su mujer no pudiera valerse por sí misma, aun siendo un hombre religioso, discrepaba con ciertas leyes impuestas en el país, pero eso no lo debía saber nadie.

—Vale, no lo volveremos a hacer —dijo la niña delgada de ojos color tierra mojada—. ¿Qué te parece si para la próxima vez nos acompañas tú? —a Salâh se le iluminó la cara. No podía estar más contento. Él sería el hombre que acompañara a Amarah a las tiendas blancas. Podría estar con ella todo el día sin la interrupción constante de Hakîm.

—Va...vale —fue lo único que alcanzó a decir antes de que sus mejillas se tornaran rosadas. Parecía que había dado en el clavo, pero tenía que asegurarse que no diría nada a nadie sino su madre, su abuela y ella se meterían en un buen lío.

—Pero me tienes que prometer una cosa —le dijo seria. El afirmó dispuesto a lo que sea—. No puedes contar lo que te he dicho. Si lo haces no podrás acompañarnos nunca y no volveré a ser tu amiga más —sentenció. Salâh tragó saliva al imaginarlo, pero volvió a afirmar rotundamente y le ofreció la mano para sellar el trato. Amarah sonrió y estrecho su mano —. Ahora vamos con los demás, ¿vale? —él volvió a repetir el gesto con la cabeza.

Después de comer, mientras Amarah y sus amigos jugaban a atraparse unos a otros, el visitante vocinglero volvió. Iba de negro y sin turbante. Saludó a los pastores,

algunos le miraron desde la lejanía otros se acercaron a saludarle. Entre los que no quisieron saludarle estaba el padre de Amarah, apoyado en una roca de grandes dimensiones. Esta vez parecía no venir solo. Le acompañaban unos diez hombres que portaban cajas y sacos como los que Amarah había visto ayer. La niña se había quedado parada observando la escena mientras los demás seguían con sus juegos. Al ver las cajas y los sacos, el resto de pastores se agruparon entorno al vocinglero.

Comenzó su discurso gesticulando con los brazos de manera exagerada. Tras varios vítores, los pastores empezaron a darse la mano y darle la mano al visitante y a sus compañeros. El padre de Amarah también. Justo después, los diez acompañantes comenzaron a repartir lo que habían traído entre todos los presentes. Tras el reparto, los visitantes se fueron dejando a los pastores reunidos.

—¡Amarah! —gritó el padre. La niña corrió hacia él, también se oyó el nombre de los otros niños que corrieron apresurados hacia sus padres —Amarah, hoy tienes que hacerte cargo del ganado hasta que vuelva —dijo de cuclillas para estar a su altura—. Hoy es tu gran día, no puedes fallar, hoy serás pastora —Amarah estaba muy contenta con la nueva responsabilidad, pero también tenía muchísimos nervios. Sentía como un hormigueo en la barriga—. Toma —continuó dándole el cayado—, te lego mi cayado, te dará fuerzas para conseguir esta misión —la niña lo cogió con mucho cuidado, como si se fuera a romper por no agarrarlo bien—. Ahora tengo que llevar estas cosas a casa, pero necesito la ayuda de mamá y de la abuela, nos vemos ahora —se despidió con un beso en la frente.

Los demás niños, menos Zuhayr que se fue con su padre, quedaron también de pastores mientras sus padres iban llevando los sacos y las cajas. Hakîm se había quedado al cargo de dos rebaños, el de su familia y el de la familia de Bashira. Al cabo

de un rato el padre de Amirah llegó junto con su madre y su abuela para coger, de un viaje, todo lo que le habían regalado. Shatha, la madre de Amarah, no traía buena cara, al igual que su padre, el cual había marchado contento. Parecía que habían discutido por algo que la pequeña de cabello negro no alcanzaba a adivinar.

Los demás también empezaron a llegar con el resto de la familia, salvo el padre de Bashira que volvió solo. A Amarah le hubiera gustado ir a preguntarle por qué Bashira no había venido y por qué tampoco le estaba ayudando con la carga, pero tenía que cuidar de los animales sin despistarse. No era la primera vez, y seguramente tampoco sería la última, que una de las cabras o una de las ovejas se extraviaba por el monte y había que ir a buscarla.

Un recuerdo le llegó a la memoria. Hacía como un año y medio, uno de los corderos se aventuró por la montaña, ladera abajo. En el momento de la desaparición, nadie supo por dónde había ido. Cuando bajó el sol, el padre se dispuso a recoger el rebaño cuando se dio cuenta de que le faltaba un cordero. En aquel momento pastoreaba solo, así que tuvo que llevar a los animales hasta casa y luego salir a buscarlo. La búsqueda no duró mucho, se estaba haciendo de noche y tuvo que volver. Cuando llegó a casa la hermana de Amarah, que era la que normalmente iba con él a cuidar el rebaño, decidió salir también a buscar. Todos se negaron, en la oscuridad rara vez se encuentra algo, por no hablar de los múltiples peligros que la montaña esconde. Podría tropezarse y hacerse daño, pero la hermana de Amarah se empeñó en salir a buscar el pequeño cordero. El padre al final cedió, pero con una condición. Toda la familia saldría en busca del cordero y no se separarían por nada. La hermana y el padre de Amarah iban con linternas, Shatha y Khadija portaban antorchas improvisadas.

Primero se dirigieron al pasto, desde ahí comenzó la búsqueda. Empezaron por los alrededores, silbando, llamándolo. Continuaron bajando por el camino que se dirigía a las casas más cercanas. Por allí preguntaron a los vecinos, pero nadie sabía nada de un cordero extraviado. Volvieron al punto inicial para pensar por donde podría haber ido. A la hermana de Amarah se le ocurrió buscar bajando la ladera de la montaña hacia el valle. Era un camino peligroso hasta la falda de la montaña, donde la cuesta se hacía menos empinada. Los adultos dudaron. El padre dio el primer paso. —Esté o no esté, allí se termina nuestra búsqueda. Mañana será otro día. —Dijo mientras avanzaba por la cuesta.

El terreno era firme, y salvo por un par de resbalones de Amarah con culada incluida, no hubo mayor problema para llegar al valle. Por él transcurría el río, siguiendo su curso encontramos al cordero. Estaba durmiendo entre dos arbustos con las patas flexionadas. El padre se acercó despacio, lo cogió en brazos y con una sonrisa en la cara lo trajo a la luz de la linterna y las antorchas. Amarah lo acarició con mucho cuidado de no despertarlo. Todos sonreían mientras volvían para casa.

Amarah se dio cuenta de que se había distraído recordando. Cuando su padre la vio allí quieta, contando a los animales, una sensación de alegría y de ternura le invadió el cuerpo. Quedó quieto, observando a su pequeña cuidar del ganado. Cuando terminó de contar miró hacia atrás y le pilló infraganti. Levantó la mano para saludarle y él hizo lo mismo mientras caminaba hacia ella.

—¿Has cuidado bien a los animales? —le preguntó el padre de forma profesional y mirando hacia el rebaño. Ella se irguió lo más que pudo, apoyó el cayado dos veces más grande que ella de largo, y respondió.

—Sí, todos los animales están sanos y salvos —contestó orgullosa.

—¿Me devuelves mi cayado? —le dijo ahora mirando hacia ella. Tras pensárselo unos segundos se lo dio sin decir nada —Muchas gracias, lo has hecho muy bien. Ahora quédate conmigo que te voy a enseñar un truco para contar a los animales mientras tus amigos terminan —Ella le miro con sus dos ojos enormes mientras asentía con la cabeza.

El resto de la tarde se la pasaron los dos juntos, y aunque los otros niños se habían puesto a jugar, ella siguió junto a su padre para aprender todo lo que él sabía.

Capítulo 4

La discusión entre la madre y el padre de Amarah se fue acalorando. Luego se metió la abuela y la cosa empeoró. Amarah salió de casa para encontrar algo de tranquilidad mirando al ganado. El sol ya había salido hacía un rato. El padre se iba a ir de casa, marchaba a combatir con los hutíes a las fuerzas extranjeras. Lucharía por Alá, por la tierra que les pertenecía y por muchas más cosas que Amarah no retuvo en la memoria. Lo único que sabía la pequeña, era que su padre se iba y que seguramente no lo volvería a ver nunca más, y eso lo sabían todas menos él.

Cuando Amarah volvió a entrar, se encontró a su madre sentada en el suelo llorando y la abuela al lado de ella. El padre daba vueltas mientras se tocaba la cabeza con la mano derecha. Parecía que intentaba llegar a una solución.

—Os quedaréis a cargo de Essam —decía mientras caminaba por la pequeña habitación—, tiene un buen número de animales y nosotros también, podemos prosperar más rápido si unimos fuerzas —ninguna de las palabras calmó el llanto de la madre.

—¿Qué estás haciendo hijo, qué estás haciendo? —preguntaba la abuela—. Dejas a una niña huérfana de padre, ¿por qué le haces esto? —al pronunciar esas palabras, el padre se fijó que eran uno más en la habitación. Frenó en seco su ir y venir para quedar mirando a los grandes ojos de una cara delgada y de melena negra como la noche nublada.

—Hija —comenzó agachándose, como hacía casi siempre —pienso regresar, pero tengo que irme para que mañana podamos estar mejor. Si los hombres buenos no hacemos algo, los malos se harán con todo —la niña no respondió a las palabras.

Observaba el panorama sin reaccionar. El padre la abrazó con fuerza y luego se incorporó, colocó su mochila al hombro y fue hacia su mujer. Ella seguía sentada en el suelo llorando. Cuando fue a darle un beso, la abuela le apartó de un empujón.

—Escúchame bien hijo mío, escucha a la persona que te dio la vida —decía con tono amenazador mientras se ponía de pie—, si sales por esa puerta, no la volverás a cruzar jamás, ni vivo, ni muerto, si abandonas a esta mujer —decía mientras señalaba—, si abandonas a esta niña, ¡no te lo perdonaré jamás! —terminó gritando. El padre quedó pensativo ante el ultimátum de su madre, pero dio media vuelta. Miró hacia su hija antes de marchar.

—Te quiero Amarah, no lo olvides nunca —salió por la puerta y cerró con delicadeza. Los lloros de Shatha se intensificaron con las últimas palabras de su marido. Amarah se acercó hasta su madre, pero la abuela le cortó el paso.

—No te preocupes cariño, se le pasará pronto. Vete a jugar fuera y diviértete, ¿vale? —le dijo con tono cariñoso. Amarah obedeció, pero no tenía muchas ganas de jugar.

Fue otra vez con las ovejas y con las cabras para sentirse acompañada. Tenía ganas de llorar también. Se le escapó una lágrima, la secó con la mano y sorbió los mocos. Cuando todo parecía triste y gris, oyó un ladrido cerca de ella. Miró hacia los lados buscando al perro, pero no lo vio. Otro ladrido. Volvió a sorber los mocos y comenzó a caminar rodeando la valla. El rebaño se estaba poniendo nervioso y comenzaron a moverse hacia el centro del recinto. Al tercer ladrido lo vio. Era un perro mediano con manchas marrones y blancas. Movía la cola sin cesar con la lengua fuera. Amarah se quedó quieta para observarlo. El perro la vio y fue directamente hacia ella. También le ladró y comenzó a dar saltos alegres. Amarah se agachó por una rama y se

la tiró lejos. El animal corrió a por ella la cogió y se la volvió a traer dejándosela a los pies.

—¿Te has perdido? —le preguntó al ver lo bien que se comportaba. Amarah había visto algunos perros en su vida, aunque cada vez había menos debido a que no se les tenía en muy alta estima. —Ahora no puedo ayudarte, pero luego quizás sí —el perro ladró y ella sonrió—. Te voy a contar una cosa, pero no se la puedes contar a nadie —el perro volvió a ladrar, cogió de nuevo el palo y se lo acercó—, bueno, te tiro el palo, pero luego me tienes que atender, ¿vale? —lo lanzó lo más lejos que pudo.

El perro le siguió trayendo la rama tantas veces como ella se la tiraba, hasta que al final la niña se cansó y se sentó en la hierba. El perro también se echó con ella apoyando la cabeza en una de las piernas.

—Te llamaré Fadel, como mi papá —le dijo acariciándole la cabeza—, pero sólo lo podemos saber tú y yo, sino mi mamá y la abuela se enfadarán.

La madre salió de casa para ver cómo se encontraba su hija. Al verla en el suelo junto con un perro, la llamó de lejos.

—Cariño, ¿y ese perro? —la niña se asustó y se levantó muy rápida.

—Estaba por aquí —la madre se acercó para verlo mejor. El perro agachó la cabeza al ver a la mujer y escondió el rabo entre las piernas. Shatha lo miró un poco extrañada, pero decidió pasarlo por alto.

—Ven, tienes que ayudarme a preparar la comida que vamos a tener un invitado —dio media vuelta y volvió hacia casa sin esperarla. La niña se despidió del perro y marchó corriendo tras su madre.

Al cabo de unas horas un señor alto de barba, con turbante amarillo, hizo acto de presencia en la casa de Amarah. La niña recordaba su cara, esos ojos hundidos y esas cejas pobladas de pelo haciendo que se juntaran en una sola. A Amarah le hacía mucha gracia la cara de ese señor, pero debía guardar respeto.

Los tres se sentaron a la mesa y comenzaron a hablar de juntar los rebaños y de dónde iban a vivir. El señor cejijunto proponía que ellas se mudaran a su casa, junto con su esposa y sus padres, pero la madre de Amarah y la abuela defendían quedarse y que el señor viniera a bajar el rebaño todos los días. El hombre a veces se reía, aunque Amarah no entendía de qué, su madre y su abuela estaban muy serias. El señor no dejaba de sonreír mientras hablaba y eso a la niña le hacía gracia, bueno, eso, y su ceja. Después de unos minutos aguantando la risa al final se le escapó. La conversación paró en seco. El hombre se dirigió a ella para preguntarle de qué se reía.

—Me río de su ceja, me hace mucha gracia, ¿solo tiene una? —le preguntó mientras se reía. El hombre cambió la cara de golpe. Volvió a mirar para Shatha y Khadija.

—Esto ya es inaudito, me siento insultado señoras. He venido con buena voluntad para ayudarlas y a pesar de vuestros deseos de mujer he ido cediendo, hasta os he dado el cincuenta por ciento de mi trabajo. Las mujeres sois impuras y egoístas. — Amarah se estaba poniendo muy nerviosa y le entraron ganas de llorar.

—¡Fuera de esta casa! —dijo levantándose de golpe la madre. El hombre volvió a su sonrisa.

—Si señora, claro que me voy a ir, y vosotras vendréis conmigo. Viviréis donde yo os diga y comeréis lo que yo os diga. —él también se incorporó, pero mucho más

despacio. Cuando ya estaba totalmente erguido saco una pistola y apuntó a las dos mujeres.

Los corazones de las tres comenzaron a palpar al unísono. El tiempo parecía haberse parado en ese instante, como dejando saborear los últimos minutos de vida. La niña asustada quiso salir de casa, quería huir de esa situación. Iba a ver a los animales, a contarles lo que estaba ocurriendo. Iba a hablar con el perro, si aún seguía allí. Se levantó y echó a correr hacia la puerta que daba al exterior. Un trueno interrumpió su huida. Amarah comenzó a sentirse sin fuerzas, se sentía vacía, como flotando en la oscuridad, lo único que podía oír eran los ladridos y arañazos de Fadel. El perro había acudido en su ayuda, pero la puerta estaba cerrada. El sonido se fue apagando hasta que al final cayo desplomada al suelo.

Capítulo 5

Abrió los ojos. Vio pasar rápido el techo de una tienda blanca y volvió a cerrarlos.

Despertó en una cama de campaña. En frente se encontraban la abuela y su madre. Las dos estaban hablando con unos señores con piel clara de manera muy nerviosa. A los pocos segundos, el rubio, se llevó a la madre hacia a fuera, mientras que la abuela dio media vuelta. Al ver que Amarah estaba despierta se acercó a la cama.

—¿Qué tal te encuentras pequeña? —Le dijo en tono amable mientras le acariciaba la cabeza.

—Estoy bien. —respondió la niña —¿Dónde está mamá?

—Mama fue a hablar con unos médicos, ahora vuelve.

—¿Dónde estamos? —preguntó de nuevo desorientada.

—Estamos en Mocha, en el hospital —la niña conocía este tipo de hospitales. Una vez, Hakîm se había puesto muy malo y se lo llevaron a Adén, a otro centro hospitalario de la organización Médicos Sin Fronteras. Los conocía de oídas, pero nunca había estado en uno.

La última imagen antes de perder el conocimiento, le volvió a la mente. El ruido, el dolor que sintió, la punzada en el estómago. Se echó a llorar solo de recordarlo. Su madre volvía a paso ligero por el pasillo atestado de camas. Su abuela le intentaba consolar.

—Ya está —dijo dirigiéndose a la abuela.

—¿A dónde entonces?

—Portugal —la abuela afirmó con la cabeza mientras seguía acariciando el pelo de Amarah.

—Sea pues. ¿Cuándo marcháis? —la madre quedó extrañada por la pregunta.

—¿Dónde nos vamos? ¿Qué ha pasado? —Amarah se estaba poniendo muy nerviosa, no sabía de qué estaban hablando, apenas recordaba qué había pasado. Shatha, con gesto amable le explicó lo sucedido.

Cuando el hombre le disparó, quedó inmóvil, como sorprendido de lo que había hecho. Khadija aprovechó ese momento de duda para abalanzarse sobre él haciendo que los dos cayeran al suelo. El impacto hizo que el hombre apretara de manera involuntaria el gatillo de nuevo, dejando un hueco de bala en la pared de la casa. Shatha aprovechó que estaba en el suelo para propinarle una patada en la cara, haciendo que su nariz se rompiera. El hombre estaba sangrando mucho y había perdido parte de la visión a causa de la fractura. Las dos mujeres cogieron a Amarah y salieron corriendo de la casa en dirección a Mocha. De la que iban por el camino, un camión las recogió y las dejó en el hospital.

La abuela Khadija tenía conocidos en la zona de reparto de comida y en el hospital de campaña. Gracias a eso pudieron negociar salir del país. No había vuelta atrás. Si Essam decidía ir a por ellas, su vida estaría en peligro.

—Khadija, ¿no estarás pensando en quedarte? —Le dijo la madre. La abuela bajó la mirada al suelo.

—Hija —comenzó. Nunca antes la había llamado así—, tienes que mirar por el bien tuyo y el de Amarah. Entiende entonces que yo tenga que mirar también por el bien

vuestro y el de mi hijo. Fadel algún día regresará y quiero que ese día alguien le esté esperando. Creo que ese papel es el mío.

—Pero Khadija, ese es el problema, si te quedas, lo más probable es que te maten y entonces nadie esperará a Fadel. Tienes que venir con nosotras, tienes que vivir para volver a reencontrarte con tu hijo —la madre de Amarah comenzó a llorar mientras pronunciaba esas últimas palabras. La abuela la abrazó con fuerzas y le susurró algo al oído, ella negó con la cabeza y el llanto se volvió más violento. Khadija no pudo evitar que los ojos se le llenaran de lágrimas. Cogió suavemente a su nuera por los hombros.

—Lucha por Amarah, yo lucharé por Fadel. Las dos somos mujeres fuertes, conseguiremos reencontrarnos de nuevo, que no te quepa duda —entonces la soltó, fue hasta donde estaba Amarah que también lloraba desconsolada—. Amarah, cariño, ahora te toca ser fuerte, te toca luchar por tu madre y por ti. Prométeme que cuidarás de mamá.

—Lo...lo prometo —dijo sorbiendo los mocos. La abuela la abrazó con fuerza y la besó en la frente—. Abuela —continuó la niña—, necesito que cuides de Fadel, el perrito que estaba en casa —la abuela le miró extrañada.

-Khadija, Amarah se hizo amiga de un perro ayer mismo. Era el que ladraba en la puerta. Cuídalo, te hará compañía —dijo la madre recobrando el aliento. La abuela las miró a las dos y afirmó con la cabeza.

—Adiós hijas mías, cuidaros mucho.

Capítulo 6

Entraron en una especie de hangar con una pista de tierra. A los lados de ésta había dos avionetas y dentro del recinto metálico, otra un poco más grande. Tenía dos motores, era de color blanco con una raya roja recorriendo todo el lateral de ésta. Un hombre estaba agachado al lado de la rueda delantera derecha. Al verlos a los tres ir hacia él, se incorporó y se empezó a limpiar las manos con un paño sucio. El médico rubio les dijo que esperaran mientras él iba a hablar. El señor vestía de mono marrón, tenía el pelo rizado y negro, de tez tostada y manchada por grasa. La conversación no duró mucho, el médico les hizo un gesto para que se acercaran.

—Este es Zuhayr —Amarah sonrió al escuchar el nombre—, él os llevará hasta Assab, en Eritrea —Sacó del bolsillo cuatro billetes de avión—. En Assab cogeréis el avión a Estambul y después cogeréis el de Estambul-Lisboa —la madre afirmó con la cabeza y guardó los billetes.

—Muchas gracias, no sabría cómo agradeceréte —Agradeció Shatha.

—Esto es un favor que le debía Khadija, no hay nada que agradecer, os deseo lo mejor— sonrió y volvió corriendo hacia el coche en el que las había acercado.

Amarah se quedó mirando al piloto vestido de mecánico. A lo mejor en un futuro Zuhayr, su amigo de ocho años, se hacía piloto y ayudaría a otros como ellos a escapar de la guerra. Amarah nunca había montado en un avión y se encontraba entre emocionada y asustada. Cuando los motores se pusieron en marcha, se agarró fuerte a su madre, pero cuando despegó, su mirada se fue hacia las ventanillas y se relajó al ver aquellas maravillosas vistas.

Seis meses más tarde...

Amarah volvía en el autobús escolar del colegio de Tourigo. Ahora vivía en un pueblecito llamado Pousadas, donde su madre se dedicaba al cuidado de una señora muy mayor. Amarah volvía muy contenta de poder aprender cosas nuevas. Iba a un aula especial en el que le enseñaban portugués, matemáticas y demás asignaturas que nunca había tenido la oportunidad de conocer. Ya se había hecho amiga de dos niñas de su misma edad, y a pesar de que no hablaban el mismo idioma, se entendían.

De vez en cuando le llegaban recuerdos de lo que había dejado a atrás. Se acordaba de su padre, los días enteros junto a él aprendiendo a ser pastora. Se acordaba de sus amigos, de Hakîm, el líder de la pandilla y de su hermano pequeño, el que, en la imaginación de Amarah, será piloto, de Salâh, el guapo de Salâh, el que nunca se le llegó a declarar, de Walîd, el niño que se había hecho un hombre antes de tiempo y de Bashira, su amiga inseparable y su rival por el amor de Salâh. También se acordó del último adiós de su abuela en la tienda de campaña blanca, de su cara arrugada y de sus ojos fuertes que, aunque intentaron aguantar la tristeza, no pudieron soportar el dolor que sentía al ver partir a la única familia que le quedaba, dejando escapar una lágrima que recorrió los surcos de ternura que los años le habían dibujado en la cara.

—Os echo de menos —susurró mientras las lágrimas se le escapaban de los ojos—, os prometo que volveremos a vernos —El autobús frenó. Amarah se levantó del asiento, se colocó la mochila rosa y blanca y se bajó del autobús.

Caminó hacia la casa de la señora a la que cuidaba su madre, la casa donde ahora vivía. Amarah caminó hacia su hogar pensando en repartir su felicidad entre la gente que dejó atrás.

—Mamá —dijo en cuanto ésta le abrió la puerta—, tenemos que esforzarnos juntas para poder traer a la abuela, a papá, al perrito y a todos mis amigos —Shatha sonrió con los labios apretados, acarició a su hija mientras ésta le miraba con sus grandes ojos de color tierra mojada.

—Sí cariño, nos esforzaremos juntas, cuenta conmigo —y cerró la puerta de su nuevo hogar.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

© Christian Carbajo García, 2020